



N. Sistræa

814

S. 814
A. 814

SONETOS.

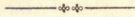
CEL S. 814
A. 814

64-2-D

SONETOS

DEL

DR. JOAQUÍN BLENGIO




MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO.

Calle de San Andrés, núm 15.

—
1897



N los buenos tiempos, y llamo así á los de la juventud, únicos que á mi juicio merecen este calificativo porque en ellos *ese cielo azul que todos vemos es cielo y es azul*; en los buenos tiempos, digo, me encontraba en esta capital, recién llegado, cuando recibí periódicos de Campeche que me apresuré á leer con la ansiedad propia de quien quiere calmar las desazones de la nostalgia. En uno de esos periódicos venían publicados los sonetos con que el Dr. Blengio envolvió, como en mortaja de escogidas flores, el cuerpo inanimado de modesta joven que cruzó rápidamente por el mundo dejándole gratísimos recuerdos, más que de su belleza de que pudo hacer alarde, de sus relevantes virtudes que en vano procu-

ró ocultar con discreción verdaderamente evangélica.

Era yo desde entonces amigo de Blengio, y á dicha tengo serlo hasta hoy, sin que ni el transcurso de los años, ni las vicisitudes de la fortuna hayan servido más que para acrisolar nuestra amistad, depurándola de los sentimientos que pudieran desnaturalizarla. Conservaba fresca mi afición á la más bella de las bellas letras, de la que no he prescindido, ni quiero prescindir, que lo contrario sería renunciar á una de las pocas satisfacciones que me quedan, la de admirar, por ejemplo, la poesía de Núñez de Arce y Campoamor, que aduna levantada inspiración y correcta forma, asemejando valiosa joya en cincelado estuche.

Además, en aquel período glorioso de doble renacimiento, político y literario, no me había curado por completo de la debilidad de componer versos, debilidad de uso corriente en la juventud y en la que incurri sin sospechar que perpetraba un delito contra el que ni siquiera corre la prescripción,

puesto que después de varios lustros me lo han echado en cara, olvidando que, en el caso, pocos son los que pueden tirar la primera piedra.

Estas circunstancias secundarias, y la principal del reconocido mérito de los sonetos, me entusiasmaron al extremo de que no sólo los di á conocer á algunos amigos, felices cultivadores del divino arte, sino que procuré con empeño que se reprodujeran en el *Semanario Ilustrado*, periódico que á la sazón se publicaba aquí. Y se reprodujeron precedidos de un articlejo con pujos de erudición, que voy á insertar en seguida, tal como lo escribí, á fin de que su edad y el medio ambiente que me rodeaba atenúen la crítica á que necesariamente ha de prestarse.

“La literatura española que á fines del siglo XIV permanecía estacionaria, formando un doloroso contraste con los progresos que las bellas letras conquistaban en otras varias naciones de Europa, tuvo que des-

partar de su letargo al dibujarse en el oriente de los pueblos la aurora esplendorosa del siglo XV. Los acentos de Dante y de Petrarca, esos dos formidables Anteos que hicieron de la lengua toscana la lengua de la armonía, y que levantaron á su patria á una altura de la que no ha podido descender, á pesar de la interminable serie de sus infortunios, traspasaron los mares y los montes, y recorrieron el mundo, como el himno precursor de una nueva era literaria. Llegaron á Castilla, y, como necesariamente tenía que suceder, produjeron una saludable reacción en la literatura. Á la indiferencia sucedió el entusiasmo, á la inacción los *juegos florales*. Las musas penetran hasta el santuario mismo de los reyes, los seducen, enseñándoles que se puede tener en una mano el cetro y en la otra el arpa del poeta, y se convierten en trovadores los príncipes, los nobles y los vasallos; trovadores que purificaban su inspiración en la fuente cercana de la poesía provenzal.

“Por esta circunstancia la poesía italiana

no ejerció sobre la española la influencia que estaba llamada á ejercer; y, sin embargo, á su conocimiento, á su estudio y al afán que había por imitarla, se debe el que los poetas castellanos, emancipándose de la tutela de la tradición, hayan abandonado la monotonía del arte mayor y de sus otras combinaciones métricas, para empezar á hacer sus ensayos en el verso endecasílabo, el verso favorito de los poetas de Italia; el que se presta á todos los asuntos; el que mejor sabe expresar las pasiones; el verso más dulce y armonioso, y en el que, más adelante, habían de brillar tanto el ingenio y la lengua de Castilla.

“Entre las diversas combinaciones métricas que se han formado con el endecasílabo, ocupa el lugar preferente el soneto, y á él debe Petrarca sus más gloriosos y merecidos laureles.

“Los poetas españoles del siglo XV vacilaron en imitar el soneto: unos, por no confiar bastantemente en su ingenio para hacerle con felicidad, y otros porque un exce-

so de patriotismo los obligaba á no aparecer plagiando lo que consideraban como versificación extranjera. Á pesar de esto, el favorito de Don Juan II, Don Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, acometió la empresa, y legó á la literatura de su patria los primeros sonetos castellanos. Muy pocos poetas del siglo de Santillana y aun del posterior siguieron su ejemplo. El soneto inspiraba una especie de veneración. Mas se suceden otros tiempos, se generaliza el uso del verso endecasílabo, y el soneto fue arrebatado de su altar para ser profanado hasta por los versistas más vulgares. Desde entonces, muchos sonetos se han escrito en español; pero, según la opinión de los historiadores y críticos más respetables, *pocos son de gran mérito, bastantes medianos, y los demás despreciables.*

“Los maestros pintan con tanta exageración las dificultades que hay que vencer para componer un buen soneto, que hasta los poetas más esclarecidos lo consideran como un imposible.

“Boileau establece que un buen soneto vale tanto como un largo poema; Martínez de la Rosa acepta la idea de que Apolo inventó por capricho el soneto para mortificar á los poetas; Gil de Zárate confiesa que el soneto es una composición en extremo artificiosa y que muy pocos son los buenos. Al oír estas apreciaciones de autores tan competentes; al ver que se encuentran defectos hasta en los sonetos de Garcilaso y de los Argensolas y de Lope, ¿quién tendrá el valor y la audacia suficientes para hacer un soneto? ¿Quién? El genio, el genio que todo lo vence, que en la antigüedad rasgaba el velo misterioso de las Sibilas, y que hoy se eleva hasta los cielos para sorprender los secretos de la eternidad y baja después al mundo para contarlos á los hombres, en el dulce lenguaje de los ángeles.

“Al bosquejar ligeramente la historia del soneto en España, hemos tenido por única intención la de probar que desde el siglo XV hasta hoy, el soneto ha sido la gran dificultad de la poesía lírica, la prueba supre-

ma, de la que sólo han salido felizmente los iluminados por los destellos de un sol que brilla para muy pocos.

“Entre este corto número podemos colocar el nombre del Dr. Joaquín Blengio, quien ayudando su natural ingenio con la constancia y el estudio, ha llegado, en nuestro humilde concepto, á componer sonetos que honran la literatura nacional. Amante de la poesía desde sus primeros años, y consagrado por la necesidad de tener una profesión, á los áridos estudios de la medicina, ha tenido que sostener una lucha en la que al fin ha salido vencedor, y su triunfo viene á ser una prueba más, de que es posible, aunque difícil, el consorcio de que nos ha hablado en una de sus más graciosas composiciones poéticas, el feliz imitador de Cervantes.

“El Dr. Blengio ha ensayado todas las combinaciones de la poesía lírica: recordamos hoy que algunas veces nos ha favorecido leyéndonos sus composiciones, y que de éstas, una de las que más nos han llamado la

atención, es la oda escrita á la respetable memoria del Dr. D. Justo Sierra, á quien en otra ocasión hemos llamado, y con justicia, el patriarca de la literatura yucateca. Pero el Dr. Blengio, por una de las especialidades de su carácter, se ha formado el propósito de no publicar más que sonetos. Parece que la misma dificultad que este género ha presentado en todas épocas, anima y estimula su ingenio, que se propone conquistar un laurel, tanto más glorioso, cuanto ha sido menos prodigado.

“Nuestro amigo ha escrito más de doscientos sonetos, que, coleccionados, forman la historia de nuestras dos guerras de independencia. Desde Hidalgo hasta Juárez, ha cantado á todos los héroes; y ha evocado todas las épocas gloriosas desde el 15 de Septiembre de 1810, hasta el 19 de Junio de 1867.

“Médico y poeta, el Dr. Blengio ha buscado sus inspiraciones hasta en la muerte misma. Ante el cadáver, esa prueba dolorosa de la impotencia del hombre y de su cien-

cia, eleva sus cantos sublimes para comunicarse con el alma, ese principio misterioso que, según los psicólogos, sobrevive á todo.

“En nuestra última correspondencia hemos recibido, y leído con gusto, los sonetos que el Dr. Blengio escribió en la sensible muerte de la Srita. Carolina Trueba, uno de los más bellos ornatos de la sociedad campechana. Nos han parecido tan buenos, que no hemos podido resistir al deseo de darlos á conocer á los subscriptores del *Semanario Ilustrado*. Los insertamos al pie de estas líneas, y recomendamos la lectura de los cinco, pero especialmente del cuarto, que es, siempre en nuestra humilde opinión, una obra completa. El pensamiento sale como vaciado en un molde, según exigen los maestros, sin que sobre ni falte nada; corre sin detenerse, y concluye de la manera más expresiva y natural. No hay un solo verso que no esté perfectamente medido y acentuado, y se goza al oírlo, de todas las galas del endecasílabo. Las palabras son escogidas, sin que ninguna de ellas pueda herir la suspi-

encia del más delicado oído. Los últimos versos encierran todo el sentimiento y toda la desesperación que puede inspirar la muerte de una persona querida.

“Lejos de las miradas de los vivos,
Soy más feliz hablando con los muertos.”

“Esto es desconsolador, pero es sublime. En los vivos generalmente se encuentra falsedad, hipocresía, todas las malas pasiones, estos caracteres de la carne: hablando con los muertos se habla con la eternidad, se habla con la muerte, que es la más grande de las verdades humanas. Al leer el soneto á que aludimos, nos hemos creído autorizados á exclamar con Boileau: *es un poema*.

“Felicitamos expresiva y cariñosamente á nuestro querido poeta, porque ha llegado adonde deseaba llegar. Todo lo ha vencido el genio y la constancia, y su nombre, hasta hoy casi ignorado, podrá colocarse muy cerca de los de Garcilaso y Argensola, y junto á los de Pesado y Luís G. Ortiz, que han compuesto sonetos que prohijarían con orgullo los mejores poetas del mundo.

“Tal vez más adelante, si el público nos favorece, formemos una edición de los sonetos y demás composiciones poéticas del Dr. Blengio, y entonces ampliaremos estos apuntes; por ahora, nos limitamos á indicar con nuestra pobre mano, al modesto ingenio, para decirle á México: México, allí tienes una de tus glorias literarias.”

A fuer de hombre honrado vengo á pagar, aunque tarde y parcialmente, la deuda contraída allá en mis mocedades, que no por condicional deja de obligarme: lo único que siento es tener que hacerlo cuando está agotado el escaso caudal de mis esperanzas é ilusiones, quedándome tan sólo el que se acumula en cierta edad con las economías de la experiencia, moneda inadecuada para pagar deudas de la índole de mi deuda.

Por fortuna, poco tengo que añadir á lo que dije en el preinserto artículo, pues á pesar de ser la materia vasta y fecunda, no pretendo empeñarme, á título de sabihondo,

en ardua labor literaria reservada á los versados en achaques de literatura.

El soneto ha seguido y sigue siendo la prueba suprema de poetas esclarecidos y fruta prohibida, y, por ende, codiciada, de versificadores audaces, que, confiados en la ayuda de la fortuna, componen y publican versos como si jugaran á la lotería. Pero ni el uso ni el abuso del soneto han modificado su estructura y facilitado su composición, por lo que pienso que bien podría figurar en un curioso libro que tengo á la mano, intitulado "Esfuerzos del Ingenio Literario," porque el soneto en sí mismo, sin aditamento alguno, es un esfuerzo del ingenio, y esfuerzo intelectual, superior al propiamente mecánico del enigma, acróstico, charada, anagrama, centón literario y demás composiciones de este linaje, bautizadas con el nombre de *bagatelas difíciles* por el clásico poeta Bilbilitano, que se llamó á sí mismo, en uno de sus conocidos epigramas, *poeta de futesas divertidas*, y á quien Plinio el joven calificó de agudo, vivo, picante y candoroso.

Y por cierto que cual marca de ilustre fábrica, aparece en la primera página del susodicho libro este pensamiento de Platón: “Las cosas más difíciles son las más hermosas,” contra cuya exactitud me atrevería á rebelarme si entrara en mi ánimo el punible propósito de subirme á mayores, pecado que no cometeré, por mucho que á ello me induzca la convicción de que á veces las cosas más fáciles son las más hermosas, lo que no empece para que las más difíciles sean, por lo común, las más gloriosas. Rindo, en consecuencia, pleito-homenaje al ilustre filósofo á quien rindiólo en noble ara el fecundo y portentoso fundador de la doctrina peripatética; y aceptando sin discusión su aforismo, llego á deducir que un buen soneto es lo más hermoso, ya que declarado ha sido de lo más difícil en jurado de maestros. Entre éstos uno solo ha disentido de opinión, nada menos que Macaulay, por el que siente predilección especial el eruditísimo Menéndez Pelayo, reconociéndole peregrino conocimiento de los hombres y

de las cosas. Al ver que la crítica, más de los Zoilos que de los Aristarcos, no excluía de su tiránico dominio ni los sonetos de Petrarca, analizados con nimia escrupulosidad para deducir á la postre que *no encajaban en el molde fantástico de perfección á que debían ajustarse*; Macaulay, casi indignado, confesó su ignorancia, y *declarándose imposibilitado de explicar los misterios de esa novísima y flamante fe poética*, exclamaba: “Séame lícito preguntar, con el respeto debido, en qué consiste la virtud especial del número catorce, para que así se la encomie y alabe y ponga por sobre las que puedan tener otros. ¿Consiste tal vez en que sea el primer múltiplo de siete? ¿Se relaciona esto de algún modo con la institución del Sabbath? Sus propiedades tan singulares, ¿se relacionan con el orden de las rimas?”

No obstante opinión de tanto peso en la balanza del criterio literario, los *catorce versos que dicen que es soneto* están allí en la cima del Parnaso, llenos de encanto y de misterio, despertando curiosidades, provocando

energías, seduciendo con promesas de gloria, poniendo á los poetas de antaño y hoy en el mismo aprieto en que Violante puso al *fénix de los ingenios*. Innúmeros paladines, algunos armados caballeros en los juegos florales, han pretendido escalar esa luminosa altura, mas la victoria no ha prodigado sus laureles; y conforme al texto bíblico, pocos han sido los escogidos. ¿Pertenece á éstos el Dr. Blengio? Yo, á fuer de amigo, que no de perito, voté por la afirmativa y no tengo motivo para rectificar mi voto. Que emitan el suyo quienes quieran leer y sepan juzgar los sonetos que se publican á continuación, entresacados de los muchos que ha producido su autor. Si en efecto, la voluntad es el hombre; si es cierto que el que quiere llegar llega, desde luego puede afirmarse que Blengio ha llegado y tiene derecho á sentarse en el banquete de los vencedores, pues no ha desmayado en su añejo y laudable propósito de dominar las dificultades del soneto, dando con esto pruebas de una constancia digna por sí sola de perenne lauro.

Sin títulos para desempeñar el delicado magisterio de la crítica, y enemigo de imponer mi gusto á los demás, me abstengo de hacer lo que generalmente se hace en casos semejantes al en que me encuentro, llamar la atención sobre el mérito y bellezas de señaladas composiciones. Dejo en completa libertad á los lectores para celebrar esas cualidades en donde crean que se hallan reunidas, que el terreno literario es el menos á propósito para la tiranía, y yo no tengo tamaños que justifiquen la ridícula pretensión de ejercerla.

Vendrá la crítica que nunca ha pecado de ociosa, aun tratándose de Petrarca, coronado como primer poeta de su época, y no será recibida con ceño en tanto venga justificada y serena á velar por los fueros del arte; la que así no venga, sino apasionada, injusta, vehemente, será desechada cual crítica de bastardo linaje, por desgracia muy en boga, especialmente desde que el autor de los *Ripios Aristocráticos* ha fundado escuela, en la que se han apresurado á filiar-

se, aquende y allende los mares, discípulos fervorosos, en su mayor parte ayunos de los conocimientos filológicos y literarios del fundador, y, sobre todo, de su inimitable gracejo que, á veces, degenera en duros reproches, diatribas é insultos personales hasta por los defectos físicos. ¡Como si los que atormentaron á Homero, Cervantes, Camoens, Lord Byron, Bretón de los Herreros que vienen á mi memoria por el momento, pudieran amenguar en algo el mérito indiscutible de sus inmortales obras!

Hay que tener en cuenta que Blengio, al igual de los demás poetas nacionales, ha compuesto versos por afición, por entretenimiento, cediendo á impulsos naturales é irresistibles de amor, de amistad, de patriotismo, aspirando á la gloria que no suelen alcanzar todos, y que de nada sirve á los que la alcanzan porque la gloria no se cotiza en el mercado.

La poesía no es entre nosotros una profesión, ni un modo de vivir, ni una ayuda; y si hubiera quien se atreviese á lanzarse á

la lucha, sin más armas que su lira, sería irremisiblemente vencido en los primeros encuentros. Triste, muy triste es tener que recordar en comprobación de este aserto, que algunos de nuestros más inspirados poetas han muerto prematuramente en la desesperación, en la miseria, ó lo que es peor, en el olvido; y que uno de ellos pasó los últimos años de su vida, como el autor de la *Iliada*, reconcentrando en su inteligencia la luz que implacable fatalidad le arrancara de los ojos, y recitando sus versos que en ocasiones destilan la miel del Cántico de los Cánticos, versos que aprende de memoria la juventud y los repite alborozada como himno perdurable de amor y voluptuosidad.

Esa falta de compensación y estímulo es una de las principales causas de la decadencia del arte nacional. El que traslada al lienzo ó al papel las creaciones del ingenio, sabe de antemano que tiene que resignarse á la contemplación estéril de sus obras, que no habrá ni compradores para el cuadro, ni

para el libro, y que todos se creerán con derecho á leer éste gratuitamente en nombre de un patriotismo rayano en socialismo literario que implica el despojo y ruina de los autores y editores.

No de otra manera se explica que en un país que ha heredado de su doble abolengo ese *sentimiento maternal por todo lo bello, delicado y tierno* que constituye al verdadero poeta, según testimonio de autoridad intachable; en un país enriquecido por la naturaleza con inagotables fuentes de inspiración, no haya una poesía propia, original, fresca como las flores de sus verjeles, levantada como las crestas de sus montañas, tierna y apasionada como el corazón de sus hijos. De aquí que los hechos gloriosos de nuestra historia permanezcan casi vírgenes, en espera de la trompa épica que ha de inmortalizarlos.

Es de oportunidad y de justicia consignar que el Gobierno mexicano, especialmente el actual, hasta donde ha estado á su alcance, ha impartido á las letras la generosa

protección á que siempre han sido acreedoras en los países cultos. La Imprenta de la Secretaría de Fomento responde á ese propósito, porque siempre ha abierto sus puertas á todo el que á ellas ha llamado en demanda de ayuda para publicaciones útiles, á lo que se debe que se hayan llevado á cabo algunas que honran la literatura patria, y que sin ese poderoso recurso habrían quedado inéditas. Pero esto es exiguo para tan grandioso objeto; se necesita algo más trascendente; modificar el medio social difundiendo la enseñanza, educando el gusto, ofreciendo honores y recompensas á los que se consagren á la noble lid, alentando, en fin, la esperanza de que el tiempo y la paz, esos dos factores indispensables de toda evolución normal, completarán la obra y harán fructificar la simiente que, en abundante cosecha, recogerán las generaciones venideras.

Pasó ya felizmente el período biológico en que el ser y el modo de ser de la nueva nacionalidad demandaban todas las ener-

gías de sus hijos, que prodigarlas supieron en frecuentes y sangrientos combates contra propios y extraños, y nada de temerario tiene asegurar, repitiendo las palabras de profundo pensador contemporáneo, que ya puede darse en la tierra mexicana *ese florecimiento que constituye el arte y que supone fuerzas no absorbidas por las necesidades inmediatas de la nutrición y de la preservación de nuestro organismo*. El mismo pensador ha dicho, y dicho con acierto: “El arte brilla en las épocas de abundancia y en las que siguen á períodos de exaltación de las energías sociales. En el Oriente, en Egipto, en Grecia, en España, por todas partes, la expansión del arte coincide con las épocas de grandeza militar ó económica.” ¿Por qué el arte no había de brillar en nuestra patria, cuando hemos alcanzado una época relativa de abundancia que viene precedida de períodos en que ha llegado á su colmo el apasionamiento de los ánimos y la exaltación de las energías sociales?

Llegará en un porvenir más ó menos re-

moto; y entretanto esas alboradas que apenas se dibujan en el Oriente llegan á su zenit y bañan de luz esplendorosa la vasta extensión de nuestro territorio, hay que glorificar á los que sin tregua ni descanso han luchado y luchan con heroísmo en medio de las tinieblas de la duda, de la indiferencia y hasta del desprecio, por conservar el fuego sagrado que les transmitieron sus antepasados. Blengio es de los luchadores, quizá el más modesto; pero de seguro no de los menos constantes y esforzados. No lo ha enervado ni distraído el ejercicio de su profesión, de la que ha hecho un sacerdocio, dedicándose á combatir hábitos viciosos, preocupaciones vulgares, consejas ridículas, y á establecer con toda energía los principios de la higiene, para poner á cubierto la salud de los falibles ensayos de la medicina. Blengio ha sido generalmente uno de los primeros, alguna vez el primero de los que han introducido en la República los adelantos de la ciencia aplicando los inventos modernos, bregando por disminuir dolores y sal-

La Salud

var vidas. En medio de esta agitación de todos los días y de todas las horas para satisfacer la demanda de numerosa clientela, no ha olvidado su culto al arte. Tiene razón el ilustre autor de *Doña Perfecta*: "Existe indudable concordancia entre aptitudes que, ante la mirada vulgar, parece que rabian de verse juntas. El sentimiento de la naturaleza, la observación y el amor á la humanidad germinan en el alma del médico que ejerce con elevadas miras su profesión, y no puede menos de producir una florescencia artística, que se manifiesta con caracteres diversos."

Blengio ofrece nuevo ejemplo de tan rara, pero efectiva concordancia. Los años han dejado caer sobre su cabeza la nívea corona de la experiencia, y las ternuras del hogar han suavizado aquel carácter al parecer impetuoso y rebelde; pero en realidad dócil y obediente á los dictados del afecto y la razón. Bajo una forma dura oculta un trato dulce, instructivo y ameno y esconde un corazón en el que siempre han encon-

trado cabida todos los grandes entusiasmos, todos los nobles sentimientos. Al verle hoy en el seno del hogar rodeado de sus encantadoras hijas que se esmeran á porfía en prodigarle cariños y cuidados, podría creerse que descansa *tranquilo y satisfecho como el atleta de luchar cansado*, que dijo el poeta; y no descansa, lucha todavía en las dos esferas de acción en que ha ejercitado sus privilegiadas facultades, la esfera de la ciencia por amor á la humanidad, y la del arte, por amor á la gloria.

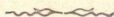
Á tener flores en mi invernáculo, regaría con ellas el camino que van á recorrer los sonetos de mi amigo; y á no ser superior á mis fuerzas la empresa de escribirles un prólogo lleno de doctrina y enseñanza, la acometería con cariñosa solicitud. Consuélame la creencia de que sobran las flores y huelga el prólogo cuando el libro habla, se recomienda solo, y por sí mismo puede conquistar la simpatía y el aplauso de los lectores, cualidades que concurren en el libro de Blengio: sin embargo, mi voluntad por

un lado, mi impotencia por otro; mis derroches de afecto frente á frente de mis brezas intelectuales, me han puesto en gran conflicto, y para salir de él no me queda otro recurso que echar mano de aquella suprema fórmula de inocente desesperación que Campoamor trae en una de sus más bellas y populares doloras:

Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!.....

J. BARANDA.

México: Diciembre de 1896.



A los Campechanos.

En un golfo que forma su delicia,
Altivo un pueblo la cerviz asoma;
La humildad del esclavo nunca toma
Para hablar al poder y á la justicia.

No adula ni defiende la injusticia,
Por más que el pan de la miseria coma;
Valiente en el combate es como Roma,
Atrevido en el mar como Fenicia.

Su afán es ser hospitalario y noble;
En el triunfo magnánimo y clemente;
En la desgracia imperturbable y mudo:

Su proverbial lealtad nada hay que doble;
Su orgullo todó es ser independentè....
Ese pueblo eres tú. Yo te saludo.

El triunfo de la Libertad.

Venid, bardos, venid: si en las victorias
Vuestro entusiasmo bélico se inspira,
Para cantar al son de vuestra lira
Aquí tenéis inmarcesibles glorias.

Referid en bellísimas historias
Que todo aquí la libertad respira,
Y que sólo un cerebro que delira
Puede soñar conquistas ilusorias.

Cuenten vuestros acentos á la Europa,
Donde adoran serviles á los Reyes,
El denuedo tenaz de nuestra tropa

Al defender sus liberales leyes:
Decidle que también tenemos Gracos,
Nobles Brutos, valientes Espartacos.

La derrota del Imperio.

Nunca podréis, monarcas altaneros,
Anáhuac someter á vuestro yugo,
Ni á los golpes sangrientos del verdugo,
Ni al fuego asolador de los morteros.

Jamás se humillan corazones fieros
Que vivifica mexicano jugo:
Indomable valor al cielo plugo
Darnos para embotar vuestros aceros.

Sobre las duras rocas de este clima
A quebraros vendréis, cetros caducos,
Que sólo os tienen venerable estima

Viles siervos y míseros eunuocos:
Aquí nuestros calores tropicales
Derriten las coronas imperiales.

A Juárez.

No alza el Ixtlacihuátl tan majestuosa *af*
 En nuestro suelo su elevada cumbre,
 Como, ceñida de radiante lumbre,
 Levantas tú la frente esplendorosa.

Patriótica virtud no hay más gloriosa
 Que á la faz de los pueblos nos encumbra
 Que tu espartano ardor. Él nos alumbró
 De cívica lealtad la senda honrosa.

Tu fe admira el antiguo continente; *at b*
 El Nuevo-Mundo te contempla ufano;
 Tú eres el maquahuítl que está pendiente *c*

Sobre la vil cabeza del tirano.
 Para guardar tu gloria refulgente,
 Un teocalí te eleva el mexicano. *eli-*

El Yelko - no alza majestuosamente

A Maximiliano.

Lo has visto ya: los mexicanos mueren
Defendiendo impertérritos sus lares;
En ergástula hedionda sus hogares
Que los convierta la opresión no quieren.

A un trono corrompido ellos prefieren
Verter su sangre generosa á mares,
Y en el desierto erigirán altares
A el alma Libertad los que vivieren.

Vé á llorar confundido tus derrotas
A Miramar, primer Maximiliano:
Las púrpuras serán por siempre rotas

Donde el pueblo es el solo soberano;
Y no olvides jamás que los ilotas
No son fruto del suelo mexicano.

A Zaragoza.

Deja un instante tu morada fría,
Ilustre vencedor de vencedores,
Y ven á recoger las bellas flores
Cuyo germen nos dió tu bizarría.

Desciende á coronar nuestra alegría,
Y á recibir al par nuevos loores,
Tú que opusiste á ilusos invasores
Los cañones triunfantes de Pavía.

De los héroes de Ilión digno trasunto,
Tu muerte fué una brecha para Francia;
Mientras vida tuviste, nunca un punto

Arrancó á tu firmeza su arrogancia;
Por eso rió cuando te vió difunto;
Pero á México diste una Numancia.

A Ocampo.

Llora en tu fosa el pueblo mexicano
 Con justo encono y con pesar vehemente,
 Como en la tumba de Escipión valiente
 Lloraba un día el vencedor romano.

Mas no al sepulcro descendiste en vano
 Con noble orgullo y con erguida frente,
 Porque tu sangre enardeció ferviente
 Nuestro patrio furor contra el tirano.

Hijo de Hidalgo, hermano de Abasolo,
 Concluiste en el cadalso tu bravura;
 Pero el mundo dirá de polo á polo

Que al remontar á la celeste altura,
 Al golpe de la muerte *te quebraste*,
 Mas nunca al enemigo *te doblaste*.

A Porfirio Díaz.

Con la sangre del pueblo de Quirino
En libro eterno consignó Viriato
Su nombre y de sus hechos el relato
Que canta Iberia en plectro diamantino.

Escrito está en el monte Palatino
El denuedo inmortal de Cincinato,
Y aún el verde laurel de Pisistrato
Descuella en el Eurotas cristalino.

Ven, tú también, invicto oaxaqueño,
Que libras á tu patria de opresores,
A recoger las flores de sus valles:

Guárdalas bien con religioso empeño,
Que sólo tienen tan hermosas flores
Busaco, San Quintín y Roncesvalles.

A Napoleón III.

De Francia la magnífica belleza
 Nos repugna llevar en la memoria,
 Porque han manchado su brillante historia
 Tu infamia, tu perfidia, tu bajeza.

¿De qué le sirve su marcial fiereza?
 ¿De qué le vale ya tanta victoria,
 Si tantos siglos de esplendente gloria
 Ha borrado en cinco años tu torpeza?

Al mundo de Cortés y de Pizarro
 Tú mismo ven, conquistador del Sena;
 Ven, Sesostris, á uncirnos á tu carro;

No saques más tus víctimas de Viena;
 Ven . . . y hallarás un Wellington bizarro,
 Un Waterloo hallarás y un Santa Helena.

un lustro

*2
3
4
5
6
7
8
9
e*

A Alejandro García.

Enemigos menguados y orgullosos
Quisieron conquistar la Nueva-España,
Creyendo en cada acción ínclita hazaña
Obtener con sus zuavos jactanciosos.

Pero nunca pudieron, ni alevosos,
El fruto recoger de su campaña,
Porque su imbécil y ominosa saña
Se estrelló en tus esfuerzos valerosos.

Si el águila imperial jamás estuvo
Triunfante en tu animoso campamento,
Si allí la Independencia se sostuvo.

Merced á tu patriótico ardimiento,
La Patria nunca olvidará que tuvo
Un General insigne en Sotavento.

A Capmany.

Vicente

La Patria suspiró, y á su quebranto
 Se conmovió tu pecho generoso,
 Y al Oceano corriste presuroso
 A consolar su lastimero llanto.

o

Los traidores te vieron con espanto
 En un batel y en seno borrascoso
 Arrojarte á sus naves, valeroso
 Hazaña que tal vez no vió Lepanto.

En las olas del mar que el viento mece
 Tu nombre hasta otras playas se deslice
 De hijos tales un pueblo se envanece;

Con hombres como tú su auge predice;
 Por eso un lauro Yucatán te ofrece,
 Y Nelson desde el cielo te bendice.

La Nación
CJ

El 5 de Mayo.

Las glorias de Magenta y Solferino
 En Puebla para siempre se eclipsaron:
 Los que en laureles al llegar soñaron,
 Impracticable encuentran el camino.

Los que juzgando á México mezquino,
 Un *veni vidi vici* imaginaron, +1
 Donde menos creyeron encontraron
 Humillante y ridículo el destino.

¡Mexicanos! la espléndida victoria
 Que acaba de alcanzar vuestro civismo,
 Vuestro más bello título de gloria

En los fastos será del heroísmo: i/
 Seguid luchando así vuestra memoria
 Un modelo será de patriotismo.

A mi Patria.

No quiero para tí regia corona,
 Patria adorada, al ver tu desventura;
 Ni los lauros que alcanza la bravura,
 Ni los himnos de honor que el bardo entona,

mi

Ni la inmensa riqueza que amontona
 La sed de ostentación y de hermosura;
 Ni mausoleo en vez de sepultura,
 Ni timbres que la fama asaz pregona:

Sólo quiero que vivas floreciente
 En medio de la paz y la alegría:
 Quiero que vivas siempre independiente

mirante

Y libre de opresión y tiranía:
 Un rango quiero para tí, eminente;
 Quiero verte dichosa, Patria mía.

puerto

1867.

Al Pueblo.

EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1867.

I

Aquí no vengo á hablar al poderoso
Que olvida el sinsabor del indigente,
Ni al supuesto aristócrata inclemente
Que al humilde rechaza, presuntuoso,

Ni al rico criminal que su reposo
Debe al sudor robado de otra frente.....
A tí solo mi voz inelocuente
A hablarte viene, pueblo generoso.

Yo me dirijo al que con ruda mano
Cultiva con afán la inculta tierra;
Al que arrebató intrépido al oceano

Los tesoros magníficos que encierra,
Y al que, viendo el peligro del hermano,
Morir, para salvarle, no le aterra.

II

Celebra agradecido las hazañas
Que te alzaron del polvo, independiente;
Glorifica el valor omnipotente
Con toda la efusión de tus entrañas.

Resuene hasta en las miseras cabañas *tus*
El nombre esclarecido y eminente
De los patricios que con sangre ardiente
Por tí deslabonaron las Españas.

Al cielo llegue tu solemne gozo, *C*
Como himno santo de tu amor profundo:
Ellos verán en celestial reposo

Que su martirio cruel no fué infecundo,
Y que justo, sensible y generoso
Mostrarte sabes á la faz del mundo.

III

Pero si quieres las virtudes santas
Más dignamente honrar de tus guerreros,
Haz que tus gobernantes, los primeros,
Obedezcan tus leyes sacrosantas.

Tus garantías con promesas tantas
No dejes que las burlen los arteros.....
Hunde á los que, llamándote pecheros,
Te humillan desdeñosos á sus plantas.

No hay elevada ni plebeya cuna;
Es la virtud la diferencia sola;
Y si ves que al poder de la fortuna

Sin compasión tu bienestar se inmola,
Contra el malvado sin piedad ninguna
De la justicia el pabellón tremola.

IV

Si tú eres el patriota que combate
Por sostener de la Nación el brillo;
Si eres el férreo y vengador martillo
Que el trono de los déspotas abate;

Si el mártir eres que en sangriento embate
Herido cae del mortal cuchillo,
Haz que tu voluntad, pueblo sencillo,
El necio orgullo respetuoso acate.

Lanza sin vacilar de tu camino
Al que contempla sin dolor tu pena;
No consientas que rijá tu destino

Quien contigo no rompe tu cadena;
¡Atrás el que cobarde nunca vino
A defender tu honor sobre la arena!

V

Cesaron del esclavo los desvelos,
Y sólo has sido libre sin ventura;
En un lago sangriento de amargura
Zozobras bajo horribles desconsuelos.

No son esos los votos de Morelos,
Que selló con su muerte y su bravura;
Para alcanzar tan negra desventura
No abrió el suplicio á tu campeón los cielos.

Tus derechos conoce si caminas
Por senda de miserias y de horrores,
No te entregues á luchas intestinas

A que te arrastran viles impostores,
Que, dejándote en premio las espinas,
Se engalanan perjuros con las flores.

VI

Aún no eres libre: astuta la falacia A
De tu candor á su placer dispone:
Todavía oprimirte se propone
Falaz y embrutecida timocracia.

No existe para tí la democracia;
Mentira es la que el mundo te propone:
A levantar tu dignidad se opone
Abyecta y pretendida aristocracia.

Abre los ojos ya: la ley primera
Es tu salud, prosperidad y gloria.....
Hasta ahora para tí vana quimera

Ha sido *la justicia*; en la memoria
La igualdad decantada sólo impera.....
¿Hasta cuándo has de ser la vil escória.....?

VII

Tus hijos lloran porque pan no tienen,
Y en rincones oscuros y olvidados
El llanto de sus ojos fatigados
Los egoistas á enjugar no vienen!

El débil paso, de dolor detienen
Tus deudos que suspiran mutilados:
Los que están en tus tumbas apoyados
Las quejas de tus viudas no contienen.

Tú trabajas y sufres, y no gozas:
Cuando otros duermen en mullida cama,
Al pie de las trincheras no reposas,

Defendiendo sus bienes y su dama.....
Estas desigualdades son odiosas;
Contra ellas, pueblo, enfurecido clama.

VIII

Tuyo es el templo que elevarse miras,
Y tuyos sus espléndidos altares;
Tuyos son esos públicos hogares,
Y esas murallas bélicas que admiras.

Tuyo es el fértil campo donde aspiras
El aroma de mirtos y azahares;
Y tuyo es el imperio de los mares,
Y tuyo es hasta el aire que respiras.

El Estado eres tú. De sus acciones
Cuenta pide á tus mismos soberanos;
Arranca tu fortuna y tus pendones

De corrompidas y de ineptas manos.....
La Democracia tiene sus Nerones;
También en la República hay tiranos.

A la Srta. Carolina Trueba

EN SU MUERTE.

I

Yo que en un tiempo te miré lozana
Como la flor que en los pensiles crece,
Gentil como la palma que se mece
Al viento embriagador de la mañana,

Si hoy de tus ojos de belleza indiana
El vívido fulgor no resplandece,
Y tras negro crespón desaparece
De tu cabeza la esbeltez romana,

altiver

Es justo que al dejar en tu partida
Para siempre estas lúgubres mansiones,
Te venga á dar mi tierna despedida.....

¡Triste adiós que en horribles aflicciones
Da al que deja la cárcel de la vida
El que queda cautivo en sus prisiones!

II

De noble intimidad no pasaremos
Deliciosos momentos ya contigo,
Ni de arboleda umbrosa al dulce abrigo,
De tu expansión, como antes, gozaremos.

Tu sonrisa ya no sorprenderemos
Consolando el dolor de pecho amigo,
Y la filial ternura que bendigo
Sublime practicar no te veremos.

Mas nada importa que de asilo mudes
Llevando tus preseas á la gloria
Y huyendo de violentas inquietudes,

Ag

Fruto maldito de la humana escoria,
Si nos dejas, al fin, de tus virtudes
Adorable recuerdo en la memoria.

III

Comprendiendo los votos maternales,
A los pies sacrosantos de María
Ramillete de flores puse un día,
El remedio pidiendo de tus males.

Pero ella en sus misterios celestiales
Que penetrar no quiere mi osadía,
En sus coros de eterna melodía
Quiso oír tus acentos virginales.

Y te llamó... Más antes que obediente
Tu viaje emprendas á la empírea altura,
Ciñe con esas flores tu alba frente...

Si despojadas de su esencia pura
Son de tu ser el símbolo doliente,
Tén con ellas la misma sepultura.

IV

No olvidaré mi fe comprometida
De visitarte en la postrer morada,
Cuando durmieras en la fosa helada
El sueño interminable de la vida.

Al cementerio iré, joven querida,
Como quien va á campiña embalsamada,
Porque es urna de aromas perfumada
De una virgen la tumba bendecida.

Iré, porque también son lenitivos
De mis angustias los sepulcros yertos;
Que no hallando deleites positivos

En este mundo, sino males ciertos,
Lejos de las miradas de los vivos,
Soy más feliz hablando con los muertos.

V

Puedes partir. Si en lastimero llanto
Mi voz no alza por tí tristes queréllas,
Es porque miro un ángel en tus huellas
Que de la vida te arrancó al quebranto.

No esperes mi oración: yo no levanto
Nunca plegarias por las almas bellas,
Porque son las magníficas estrellas
Que recaman de Dios el regio manto.

Párte... Si á nuestra playa silenciosa,
Donde alivio buscaba tu desvelo,
Volvieses tu mirada cariñosa,

Manda á los que te lloran un consuelo,
No á mí que la existencia fatigosa
No puedo preferir jamás al cielo.

c/

A Vesalio.

De infaustos siglos la tiniebla oscura
Tenaz envuelve nuestro sér humano,
Y de la ciencia el misterioso arcano
Sella de torpe ley la mano dura.

Mas de noble ansiedad la llama pura
El fuego atiza de tu diestra mano,
Y aunque impío te juzgue error tirano,
Rasgas nuestra corpórea vestidura.

Tus pasos siguen con febril anhelo
Rastrera envidia y ruda intolerancia:
Hiérente al fin en tu encumbrado vuelo,

Pero dejas, en premio, á la ignorancia
Una antorcha divina en tu escalpelo,
Y un modelo sublime en tu constancia.

Amado

Numancia.

Encerrada soberbia entre sus muros
Luchando está la numantina gente,
Como lucha en la jaula el león rugiente
Queriendo destrozar sus hierros duros.

Del patrio amor á los consejos puros,
Muerte se da con decisión valiente,
Antes que doblagar la erguida frente
Ante émulos infames y perjuros.

Vibre el clarín la Musa historiadora
Y, admirando la ibérica constancia,
Diga al mundo con voz atronadora

Que Roma con su bélica arrogancia
De Numancia no fué la vencedora,
Porque á sí misma se venció Numancia.

Numancia

PAZ.

Rotas de mis angustias las cadenas
En que ciego rencor me aprisionara,
Cual turbia fuente que se torna clara
Truécanse en dicha mis agudas penas.

Calmada ya la sangre que en mis venas
Impetuosa y ardiente circulara,
De mi antigua quietud, desde hoy más cara,
Las horas vuelvo á disfrutar serenas.

No más cortéis de mi sosiego el hilo,
Genios que perseguís nuestro reposo:
Dadme por lares miserable asilo,

Dadme por todo bien pan trabajoso,
Mas dejadme, por Dios, vivir tranquilo,
Porque vivir en paz es ser dichoso.

A Edison.

De este siglo que va vertiginoso
Agitándolo todo en su carrera,
Eres tú la magnífica lumbrera
Que fulgura con brillo esplendoroso.

Nada puede al torrente prodigioso
De tu inventiva alzar una barrera:
Lo imposible borró de nuestra esfera
La magia de tu genio portentoso.

¿Y hasta dónde tu numen atrevido
Piensa encumbrar el incansable vuelo?
¿De otro cosmos por hoy desconocido

Piensas rasgar el misterioso velo?
¿Las edades al mundo te han traído
Para que asaltes por ventura el cielo?

Envidia.

Llora la envidia con dolor sañudo
La ajena gloria á que impotente aspira,
Y del genio creador que en otro admira
Cada chispa le arroja dardo agudo.

El dulce aplauso que alcanzar no pudo
Y que arrancó el contrario, enciende su ira;
Y el puesto del rival por que suspira
Jamás perdona su despecho mudo.

Cansada, al fin, con su hálito asqueroso
Quiere manchar un nombre acrisolado;
Pero en vez de lograr su objeto odioso,

Nueva aureola le crea su pecado:
Por eso es, en castigo, el envidioso
El clarín que pregona al envidiado.

A Víctor Hugo.

Atrevido Titán del pensamiento,
De la sublime concepción Alcides,
Ciclópea inteligencia que despides
El mismo resplandor que el firmamento;

Gilliatt del prodigioso entendimiento
Que los espacios insondables mides;
Vasta imaginación que sólo pides
Campo para tu raudo movimiento;

Volcán de inspiración asombradora,
Monstruo de universal sabiduría,
Olimpico cerebro que elabora

Lo que un Dios sólo elaborar podría;
Del espíritu humano nueva aurora,
Tú solo llevas en la frente el día.

A Waterloo.

No importa que en tus campos, impotente,
Rendido se haya quien invicto fuera,
Si por mucho que brille en su carrera
El sol, descende al fin á su Occidente.

Su adversario le admira reverente
Y sus despojos con afán venera,
Al ver que la derrota ni siquiera
Un lauro ha desprendido de su frente.

Por él sólo ancha página ha ofrecido
A batalla tan célebre la historia:
Aunque suyo aquel triunfo no haya sido,

La gloria de ese triunfo fué su gloria:
El vencedor no fué, sino el vencido,
El héroe colosal de esa victoria.

Al ofrecer un album.

De Lutecia las hadas peregrinas
Este álbum al partir darme quisieron,
Y que en él yo guardara, me dijeron,
De México las flores sin espinas.

De sus mujeres que hizo Dios divinas,
Recoger en sus hojas me exigieron
La gracia tropical, que no tuvieron
De las gélidas zonas las ondinas.

Yo te lo ofrezco: y cuando en fiel relato
Dulces cantores de inspirada vena
En sus páginas pinten tu retrato,

Mi galante misión quedará llena:
¿Cómo cumplir mejor podré el mandato
Que recibí en las márgenes del Sena?

Cadalso.

Alzado está el patíbulo horroroso
Que una existencia cortará mañana,
Cumpliendo la sentencia soberana
Que código inmoral dicta afrentoso.

¿Quién dió al hombre derecho poderoso
Para tronchar así la vida humana?
¿A quién corrige su justicia vana?
¿Qué bien resulta de su fallo odioso?

Bárbara sociedad, si de los vicios
El imperio fatal destruir anhelas,
Revoca los sangrientos sacrificios

A que salvaje sin razón apelas,
Y en vez de levantar crueles suplicios,
Inspirada mejor, erige escuelas.

A Carlomagno.

De excelso trono en la soberbia altura
Maestro fuiste más bien que Soberano,
Extendiendo munífica tu mano
Que las tinieblas disipar procura.

De tu imperial alcázar la hermosura
Tornaste en templo de Minerva, ufano,
Lejos de hacerla, como prócer vano,
De frívolo esplendor mansión impura.

Eterno el orbe en el espacio gira,
Y, en vez de disminuir, tu gloria crece:
Al paso que en la historia se retira

Tu atmósfera de luz, más resplandece:
Mientras más vive el hombre más te admira:
El curso de los siglos te engrandece.

A la memoria del Dr. Manuel Campos.

Si tuve como nadie la fortuna
De conocer de tu alma la belleza,
Y nunca descubrí que su pureza
Empañara un instante sombra alguna:

Si con voz paternal siempre oportuna
Me inspiraba virtudes tu terneza,
Y enseñarme quisiste la nobleza
Que no te abandonó desde la cuna,

Por más que mi ansia dolorosa esquives
Tras negra losa de sepulcro yerto,
Y de tu amparo bienhechor me prives

Del mundo ingrato en el camino incierto,
Siempre conmigo estás... conmigo vives...
Para mi triste corazón no has muerto.

Lerma.

Al pie de verde y plácida colina,
Y á la orilla de un mar siempre espumoso,
Un pueblecillo alegre y delicioso
En balsámico lecho se reclina.

Allí habita el candor, la paz domina;
Allí, lejos del mundo ponzoñoso,
En su ambiente vivífico y radioso
Tedo al placer el corazón inclina.

De aspecto encantador es su paisaje;
De Nereida y Napea su hermosura;
De flores y de conchas su ropaje.

Yo quiero, para colmo de ventura,
A la ~~sombra~~ vivir de su follaje
Y en su arena cavar mi sepultura.

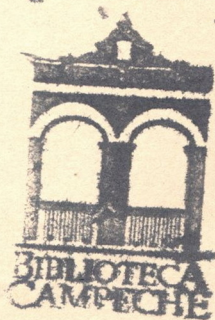
Á César.

Casi desde la cuna deslumbrado
Por la gloria sin par que te rodea,
¡Cuánto tu épica vida me recrea!
¡Cuánto por ti me siento entusiasmado!

Veinte siglos hasta hoy no han opacado
La aureola que en tu frente centellea;
Cien capitanes de ínclita ralea
No han tus egregios timbres eclipsado.

A tu marcha triunfal en vano opuso
Barrera atroz conjuración villana,
Porque en más alto pedestal te puso:

Aun rota tu diadema soberana,
Siempre será soberbio el que traspuso
El Rubicón de la grandeza humana.



Ovidio.

No se humille pequeño ante un monarca
El que grande pulsó robusta lira;
No tema de los Sármatas la ira
Quien sólo gloria espera de la Parca.

¿Por qué la postración la frente marca
De quien el genio ilustre Roma admira?
¿Por qué en el Ponto sin valor suspira
El que en la mente el universo abarca?

Soporte su infortunio con nobleza
El vate esclarecido de Sulmona:
No empañe de su nombre la grandeza

Con elegías que cobarde entona
Quien lleva, inmarcesible, en la cabeza,
Mejor que la de Augusto, una corona.

Á Fulvia.

Si tu imagen pudiera mi porfia
Arrancar á las sombras del pasado,
¡Con qué placer al mundo horrorizado
Tu abominable rostro mostraría!

Aquí está la pantera, le diría,
Que en nefanda mujer se ha transformado
Para ultrajar el resto ensangrentado
Del romano orador con saña impía.

Pero en vano de gozo sonreíste,
Que en nada al mártir tu maldad amengua:
Brillante aureola á su cabeza diste,

Dando á la tuya perdurable mengua;
Y, aunque su lengua con furor heriste,
Siempre se oirá de Cicerón la lengua.

Á Juan de Dios Peza.

En un libro sin pompa ni jactancia,
Joya de la más tierna poesía,
De los Dioses regalas la ambrosía
Y el suave néctar que tu genio escancia.

Impregnado de bíblica fragancia
Llena el hogar de encanto y alegría:
Es todo un corazón cada armonía,
Un pedazo de cielo cada estancia.

Al acercarse mi postrer momento
De abandonar la vida transitoria,
Lenitivo será de mi tormento;

Y á mis hijas, mostrándoles la Gloria,
Les diré al exhalar mi último aliento:
Aprended ese libro de memoria.

Á Nerón.

Siempre piadoso el corazón humano
Al que en la nada duerme al fin perdona,
Que al perdonar así, sabe que abona
Por la innata flaqueza de un hermano.

En su sepulcro compasiva mano
Deja como recuerdo una corona,
Y santas preces la clemencia entona
Por el olvido de su error mundano.

Mas para ti que el orbe convertiste,
Al soplo de tus iras sanguinarias,
De torpezas y horror en campo triste

mundo

Y en lecho de cenizas funerarias,
Nunca tendrá la humanidad que heriste
Ni perdón, ni recuerdo, ni plegarias.

Á Pasteur.

Escucha el himno que admirado entona
Á tu talento y tu saber profundo
Agradecido y satisfecho el mundo
Que tus conquistas célebres pregona.

Higia y Minerva espléndida corona
Tejen para tu espíritu fecundo
Con laureles que al mártir moribundo
No piden en los campos de Belona.

La ciencia por tu genio enriquecida
Bálsamo dulce en nuestros males vierte.....
¡Qué gloria más hermosa y nunca habida

Que la que el cielo plugo concederte
De encontrar los secretos de la vida
En los arcanos mismos de la muerte!

Á un malvado.

Por más que quiera tu soberbia saña
No lograrás mostrarme delincuente:
Nunca manchar conseguirás mi frente
Porque tu virus la virtud no empaña.

Si en mí presumes la flexible caña
Que se dobla á las brisas obediente,
Seré para tu cólera impotente
Firme como granítica montaña.

A tu rastrero embozo que desdeño
Opondré siempre el resplandor del día:
Jamás cobarde me verá tu ceño;

Vulgar no me hallará tu villanía;
Que nadie tiene el corazón pequeño,
Cuando en sus hechos el honor le guía.

Á Pedro I. Pérez.

EN SU MUERTE.

Vengo á cantar sobre tu yerta losa
Con toda la efusión del sentimiento,
Porque olvidar no puedo que en tu aliento
Bebió la inspiración mi mente ansiosa.

Hoy pierde con tu muerte dolorosa
Un rayo de su luz el pensamiento,
Y el himno universal pierde un acento
Al romperse tu lira melodiosa.

Si las tumbas á mi alma entristecida
Su elocuente dolor comunicaran,
Yo hiciera, que, á mi cántiga afligida,

Cuántos saben llorar por ti lloraran,
Y en una inmensa lágrima sentida
Un eterno panteón te prepararan.

Á Jerusalem.

Vive, Salem, como un remordimiento
Por los siglos allí petrificado,
Lamentando el sacrílego pecado
Que cometió tu insano atrevimiento:

Cumple en interminable abatimiento,
De tu inmenso delito horrorizado,
El vaticinio del Profeta airado
Que elevó contra ti su augusto acento.

Nadie la sangre del Pastor Divino
Para arrancarte el pabellón tremola;
En tu seno llevarla es tu destino;

Ciudad impía, llévala tú sola,
Como lleva en la mano el asesino
La sangre de la víctima que inmola.

Á Ramón Aldana.

EN SU MUERTE.

Si un gemido tan sólo me quedara
En el fondo del alma para un muerto ;
Si al entonar ante cadáver yerto
Mi voz un epiceyo, se apagara ;

Si una ofrenda no más yo reservara
Para santuario á mi cariño abierto,
Y una flor sola en mi jardín desierto
Para ornar una tumba me restara,

Para ti fuera mi postrer sollozo ;
Á ti cantara mi última elegía ;
Al templo de tu fama presuroso

Mi oblación postrimera llevaría,
Y en el santo lugar de tu reposo
La única flor de mi verjel pondría.

Vita brevis.

Siglos y siglos *ha* que el Himalaya
Levanta al cielo su imponente altura,
Y el Nilo con su histórica hermosura
En su inmortal corriente no desmaya *af*

Ni un punto estrecha sabulosa playa
Del Atlántico mar la vasta anchura,
Y del boabab antiguo á la verdura
Retarda el tiempo su infalible raya.

¿Cómo ha cabido al hombre desgraciado,
En todo superior en excelencia, *por su*
Absoluto monarca de lo creado

Por su estructura y noble inteligencia
Y á semejanza de su autor formado,
Tan efímera y frágil existencia?

Á Camila.

Una mujer buscaba que supiera
Comprenderme y amarme con ternura,
Y que al don celestial de su hermosura
El candor de los ángeles uniera :

Una mujer sensible que no hubiera
Otro amor abrigado en su alma pura,
Y que de horas aciagas la amargura
Con sus caricias disipar pudiera.

Y esa mujer en quien soñaba ansioso
Halléla en ti, Camila idolatrada ;
Soy por eso contigo venturoso ;

En cielo has convertido mi morada ;
Y en medio de mi dicha y mi reposo,
No faltándome tú, no envidio nada.

9

Á Eduardo A. Heredia.

Por ti no más en la amistad sincera
Pudo creer mi escepticismo helado:
Tantas veces vendido y engañado,
Por ti no más en la virtud creyera:

Por ti á la humanidad no aborreciera,
Que, con ella por ti reconciliado,
En mi senda de espinas has sembrado
Flores que nadie germinar hiciera.

Baja al sepulcro en paz, honra del hombre,
Y, al quedar para siempre en él dormido,
Ya que á legarños vas tu digno nombre,

Danos también tu corazón cumplido;
Y, si se debe al mérito renombre,
El tiempo para ti no tendrá olvido.

Á Lesseps.

Ya no alzan orgullosas las montañas
Hasta el cielo sus cumbres imponentes,
Ni los ríos arrastran sus corrientes,
Amenazando altivos las cabañas:

Los fuertes robles son débiles cañas;
Mansos se precipitan los torrentes,
Y hondos mares y duros continentes
Tiemblan por sus recónditas entrañas.

Porque á tu impulso ablándase la roca,
Y se abren á tus pies antros profundos;
Cede á tu mano la arduidad que toca;

Fértiles tornas campos infecundos;
Lo gigantesco tu poder invoca;
Mundos separas y eslabonas mundos.

Prepotencia.

No valido arrogante de la toga
Con que te envuelve inmerecida altura,
Uses con indefensos de bravura,
Cuando razón por ti ninguna aboga.

Si vanidad frenética te ahoga
Y quieres dar corriente á tu amargura,
Deja tu escudadora investidura
Y en campo igual tus iras desahoga.

Sólo enemigos como tú menguados
Y como tú maléficos y viles
Ofenden sin pudor parapetados

Con esbirros infames y serviles;
Pero es la ley: los hombres degradados
Atacan como atacan los reptiles.

Sursum Corda.

Tú no mandas, Señor, que arrodillado
 Venere yo tu nombre bendecido:
 Al hombre el corazón sólo has pedido,
 No el exterior humilde y afectado.

Digno es de tu grandeza y de tu agrado
 Reverenciarte con el cuello erguido;
 Mirando al cielo se te ve, no hundido
 En el vil polvo el rostro prosternado.

Para cantar tu gloria no hay laúdes,
 Ni voz para rendirte acatamiento:
 Tú no quieres palabras ni actitudes,

Sino el culto no más del pensamiento:
 Quieres íntimo amor, verdad, virtudes.....
 Quieres la religión del sentimiento.

Despotismo.

No es la pena que impone la venganza
De enemigo cobarde y altanero,
Lo que humilla al que, noble, en su sendero
Sin torcedor en la conciencia avanza.

Quien poniendo en la fuerza su confianza,
Con abusivas armas lucha artero,
Es oprobio, no triunfo verdadero,
Lo que en su inicua pretensión alcanza.

Jamás ha sido de opresor tirano
Honroso timbre el insolente yugo:
Al mismo Dios, en misterioso arcano,

Víctima hacer de Jesucristo plugo;
Que al mártir quiere el corazón humano,
Y maldicen los hombres al verdugo.

Cartago.

El Romano feroz con duro estrago
Asaltó á su rival, mas con vileza;
Pero ahogar nunca pudo su altiveza
Ni de su sangre en el hirviente lago.

Las imponentes ruínas de Cartago
Yacen aún con toda su belleza,
Que á destruir no ha bastado su grandeza
Todo el rigor de su destino aciago.

Su nombre vive siempre esclarecido;
Laureles ciñen su gloriosa frente;
De su heroico valor nada hay perdido;

Y su honra clama entre el escombros ardiente:
Que ceder á un traidor no es ser vencido;
Que allí fué Roma indigna, no valiente.

Á Perpena.

Aunque ni átomos hay de tu ceniza
Para arrojarlos con encono al viento,
La historia inexorable es monumento
Que tu oprobio pregona y eterniza.

Contra ti se subleva y encarniza
El corazón más pobre en sentimiento:
Mientras haya en el mundo humano aliento
Será tu nombre nombre que horroriza.

Siempre ha sido del crimen proditorio
No alcanzar su designio, justa pena:
Es del vicio castigo expiatorio

Enaltecer á la virtud serena:
Perpena aniquilar quiso á Sertorio,
Y más vida á Sertorio dió Perpena.

R o m a .

En la sombra glacial de su grandeza
 Avergonzada oculta su quebranto,
 Y de sus timbres el perdido encanto
 Lamenta de su ruína en la tristeza.

Marchita ya su olímpica belleza,
 Deletéreas lagunas son su llanto,
 Y desgarróse para siempre el manto
 Que extendió sobre el mundo su fiereza.

De sus grandiosos hechos el murmullo
 Ha llegado á nosotros espirante;
 Y sólo le consuelan en su orgullo

Las glorias de Virgilio y las de Dante,
 De Palestrina el melodioso arrullo
 Y la cúpula excelsa de Bramante.

Á Sebastián Lerdo de Tejada.

Tú sí, ~~tu~~ sí que bien has merecido
 Todos los lauros que la gloria ofrece;
 El que al pie de la cátedra florece,
 El que Minerva al sabio ha prometido;

como madre

El que en el campo siempre estremecido
 De la sublime Libertad verdece,
 El que de la tribuna al lado crece,
 El que en tu frente Temis ha ceñido.

Pero hay otro mejor, otro más caro
 Que á la honradez insigne galardona;
 Y hay otro más espléndido y más raro

Que á la impoluta dignidad corona:
 De tus timbres éste es el más preclaro,
 Este es el que inmortal más te pregonar.

el

Á Hidalgo.

Al espirar el Redentor del mundo
En las ásperas rocas del Calvario,
Escribió en su purísimo sudario
JUSTICIA Y LIBERTAD su amor profundo.

México se arrastraba gemebundo
Bajo ominoso yugo sanguinario.....
Mas, trocando en martillo el incensario,
Rompe de su cadena el clavo inmundado.

Y si tu obra evangélica concluída
Dejar no te acordó contraria suerte,
Tu noble abnegación no fue perdida:

La Patria con tu sangre se hizo fuerte.....
Y el pueblo que en tu muerte halló la vida,
Te arrancará al olvido de la muerte.

Á I. M. E.**EN SU MUERTE.**

Ya que no pudo la constancia mía
Arrancar á la Parca tu existencia,
Permite que coloque mi impotencia
Lozana flor sobre tu losa fría.

Derrame inagotable noche y día
Sobre tus restos delicada esencia,
Y de la angustia calme la vehemencia
De cuantos has dejado en la agonía.

Si has muerto en el albor de tu hermosura,
De hermosura mejor ten esperanza;
Sonríe en tu tranquila sepultura;

Guarde el que quiera aquí tu remembranza:
¿Sabes lo que has perdido? La amargura,
Para encontrar la Bienaventuranza.

Á Allende.

Un tiempo pudo el opresor tirano
Tronchar cobarde tu preciosa vida,
Mas no impedir brotara de tu herida
La libertad del suelo mexicano.

No hay en el mundo mártires en vano;
No hay en la Tierra abnegación perdida;
De los pueblos la marcha ya emprendida
Jamás la detendrá poder humano.

Al mismo Dios en su justicia plugo
Que ni ilota ni paria el hombre sea;
No reconoce el pensamiento yugo;

No mata á el alma abrasadora tea;
Para las nobles causas no hay verdugo;
No se ahoga en ergástulas la idea.

Á Lacena.

Si recelando que dolor violento
Pueda arrancarte tu amoroso arcano,
Tu lengua cortas y del cruel tirano
En el rostro la escupe tu ardimiento,

Muere animosa en el fatal tormento
Á que te arroja su furor insano,
Antes que llegue por temor villano
Á torpe acusación tu sufrimiento.

Moriste ya; pero tu augusto nombre,
Símbolo de virtud, el mundo llena;
Y si de infame y ruin nada hay que asombre

Como el vil delator, que aun Dios condena,
Jamás se olvide en su maldad el hombre
De la lección heroica de Lacena.

Á Polonia.

Pueblo digno y valiente, si un coloso
Huella sin compasión tus libertades,
Nunca olvides que tienen las edades
Un día de venganza esplendoroso:

Día en que el débil pide al poderoso
Cuenta de su injusticia y sus crueldades,
Porque no pueden ser las sociedades
Soñoríos de autócrata orgulloso.

De la Siberia el hiperbóreo hielo
Á enfriar no llegará tu patriotismo;
Y el caldalso... por él suben al Cielo

La fe, la abnegación, el heroísmo...
Y desde él, arrojados hasta el suelo,
Bajan la iniquidad y el despotismo.

Á Benito JuárezEL 18 DE JULIO DE 1887.

Sombra inmortal del que lograra un día
Salvar á nuestra patria de la muerte,
Y hacerla grande y respetable y fuerte,
Quando postrada en la abyección gemía,

Perdona nuestra fúnebre alegría,
Si removemos hoy tu polvo inerte,
Lauros de inmenso amor para ofrecerte,
Lauros sin mancha de calumnia impía.

Pero coronas de sin par belleza
No bastan para honrar tu urna mortuoria;
No hay ovación que iguale tu grandeza;

No hay templo que consagre tu memoria;
Para pagarte á ti todo es pobreza;
Para ensalzarte á ti poco es la gloria.

La Muerte de Francisco Zarco.

Por más que llore México afligido
De Zarco illustre el apagado aliento,
Jamás tendrá sobrado sentimiento
Para llorar la gloria que ha perdido.

Un astro en nuestro cielo se ha extinguido;
Huyó de nuestra nave el raudo viento:
De nuestro más grandioso monumento
La columna gigante se ha partido.

Y en vano nuestros íntimos dolores
Solemne pompa consolar procura:
Siempre serán mezquinos los honores

Que le ofrezca la patria en su amargura:
Nunca serán bastantes nuestras flores
Para adornar su noble sepultura.

Á José Peón y Contreras.

Para añadir á la inmortal corona
Que noble ciñe tu conspicua frente,
No me atrevo á brindarte irreverente
Otra, humilde, tejida en nuestra zona.

agregar

Pero si el himno que mi plectro entona
Para honrar más tu nombre es impotente,
Que una sencilla flor yo te presente,
Á mi cariño y amistad perdona.

Si nunca la regó desapiadada
Castalia fuente que el ingenio inspira,
Y, débil, será pronto deshojada,

Al menos te la ofreece quien te admira;
Y, aunque modesta, es tierna y delicada
Como lo son las cuerdas de tu lira.

Á Anibal.

Vencedoras las huestes africanas
Que por sendas de lauros encaminas,
Volaron á sus célebres colinas
En derrota las águilas romanas.

Revés más doloroso que el de Canas
No sufrieron jamás fascas latinas,
Y del Tíber las ondas cristalinas
Aun lloran su infortunio en quejas vanas.

Rayo voraz de legendaria guerra,
Genio el más digno de eternal renombre,
Que pedestal se alzó de alpina sierra,

Justo es que siempre al universo asombre
Que el pueblo que temblar hizo á la Tierra
Tembló á su vez al escuchar tu nombre.

Á Francisco Sosa.

Pues que celoso de que injusto olvido
Llegue nunca á borrar nuestra memoria,
Sin otra recompensa que la gloria
De ver nuestro valor reconocido,

Con el tiempo que ciego y atrevido
Todo reduce á miserable escoria,
Por librar de la ruina nuestra historia
Con incansable pluma has combatido,

Colme el Cielo tu afán: ten la fortuna
De iluminar con luz resplandeciente
La tierra hermosa que meció tu cuna:

Si es en preclaras glorias esplendente,
De todas las ofrendas no hay ninguna
Como el eterno libro que las cuenta.

El primer dique.

(ARSENAL DE LERMA.—CAMPECHE.)

Grande es el pueblo que alcanzar procura
El brillante nivel de otras naciones,
Y pasear satisfechos sus pendones
De ínclita esfera por la vasta anchura:

Grande es y más, si en florecer se apura
Con sólo el fruto de sus ricos dones,
Y, sin triunfos que manchen sus blasones,
Pide á nobles empresas su ventura.

Ese dique que véis es arca santa
Que va á contar al mar nuestro progreso:
Y si el tiempo algún día le quebranta,

En sus despojos todos quede impreso:
Que ese dique es un dique que levanta
Nuestro afán de cultura al retroceso.

Á una viuda.

No vi jamás á humana criatura
Guardar en la viudez tanta belleza:
Cáliz en el festín con su limpieza;
Tronchada flor sin mengua en su tersura.

Lucina para ti no ha sido dura,
Incólume al dejar tu gentileza:
Virgen no hay que con todo y su pureza
Muestre tu lozanía y tu hermosura.

Para beldad tan pulera y primorosa
Profanación el himeneo ha sido;
Ni el ala de ligera mariposa

Nunca debió tu rostro haber herido:
Naciste para ser Vestal ó Diosa;
Para el sórdido mundo no has nacido.

Á Vicente Núñez de Castro.

Si en el yerto ataud sin vida al verte,
Una lágrima vierto pesarosa,
No la arranca tu fin á mi alma ansiosa,
Sino la envidia de tu ilustre suerte.

Inútil es que tu garganta inerte
Caiga en cenizas bajo eterna losa,
Porque tu voz resonará armoniosa
Más allá del dominio de la muerte.

No vayamos los débiles mortales
Con lamentos henchidos de tristura
A llorar en tus honras funerales,

Que bien sabe morir sin amargura
El cisne que con notas inmortales
Junto á Hipocrene abrió su sepultura.

Á L. D. R.

Así estás bien: en el mortuorio lecho
Donde tu cuerpo virginal reposa,
Pareces en su búcaro la rosa
Que ha marchitado vendaval deshecho.

De santa aspiración henchido el pecho,
Radiante de virtud tu alma piadosa,
Eras en esta vida cenagosa
Ángel cautivo en calabozo estrecho.

Bien hiciste en buscar otra morada
Como tú pura, como tú serena:
Allí tendrás la recompensa ansiada;

Aquí estarás de bendiciones llena,
Que, de amor evangélico abrasada,
Fuiste la caridad... fuiste tan buena!

Desengaño.

¡Horrible decepción! Es un insano
Quien en el mundo miserable fía,
Sin comprender que la maldad impía
El pábulo es del corazón humano.

No hay fraternal amor: empeño vano
Es pedir á les hombres hidalguía,
Cuando, monstruos de eterna hipocresía,
Derraman el dolor con negra mano.

Abyecta sociedad, comercio impuro
De pérfido egoísmo, no te quiero:
Álcese entre los dos espeso muro;

Silencio y soledad á ti prefiero;
¡Qué me importa que viva y muera obscuro,
Si lejos de tu infamia vivo y muero!

**En la muerte de mi querido amigo
Ángel Palomo.**

Discreto, noble, franco, generoso,
Complaciente, solícito, sincero,
Fue mi leal y seguro compañero
De la vida en el viaje trabajoso.

Atento á mi ventura y mi reposo,
Amó lo mío con cariño entero;
A mi lado en los trances fue el primero;
De mi nombre y honor siempre celoso.

Gozó con mi placer: en mi quebranto
Su gemido en mi pecho hasta hoy retumba:
¿Cómo entonces pagarle afecto tanto,

Antes que á igual destino yo sucumba,
Sino vertiendo manantial de llanto
Sobre la triste losa de su tumba?

Newton.

Allí estaba grandioso noche y día
Con sus orbes el alto firmamento,
Y el hombre no encontraba qué elemento
Esos mundos suspensos mantenía:

Qué lazo misterioso los unía
Nunca pudo alcanzar su pensamiento,
Ni jamás penetró su entendimiento
Qué fuerza sin cesar los impelía.

¡Sombras y tanta luz! Anonadada
Y absorta ante misterio tan profundo,
Nuestra impotencia se rindió humillada;

Pero Newton, de genio sin segundo,
Tornó al cielo el fulgor de su mirada,
Y al mundo reveló lo que era el mundo.

Á Jenner.

Diezma á la humanidad cruel enemiga,
Pero en su ansia voraz tu afán la hiere,
Porque la ciencia que tenaz inquiera
Al fin ve coronada su fatiga.

¿Acaso hay quien tu nombre no bendiga?
¿Quién hay que tu memoria no venere,
Si el que debió morir, hoy ya no muere?
¡Triunfo grandioso de tu mano amiga!

¿Dónde el mundo hallará para premiarte
Justa y satisfactoria recompensa?
No basta en galardón para laurearte

Nimbo deslumbrador de luz intensa;
Sólo, por tanto bien, pueden pagarte
Inmenso amor y gratitud inmensa.

Miguel D. de Estrada Lecler.

Pulsó la lira con vibrante acento,
Derramando raudal de melodía;
Un canto fué su ardiente fantasía;
Sublime inspiración su pensamiento.

De su entusiasmo el fervoroso aliento
Antorcha fue que fulgurante ardía:
Nos dió su encantadora poesía
Como las flores su perfume al viento.

Nadie escuchó sus mágicas canciones
Sin sentirse de gozo arrebatado;
Ninguno sus divinas concepciones

Sin quedar por el genio deslumbrado.
¿Por qué no devolverle en ovaciones
Las glorias que al partir nos ha dejado?

Pedro el Grande.

Doblen ante su sombra la rodilla
Los soberbios monarcas de la tierra,
Que en su historia mendaz ninguno encierra
Lo que en la suya sin ejemplo brilla.

De los tiempos asombro y maravilla:
Portentoso en la paz, noble en la guerra:
Próvido afán sus párpados no cierra:
Banco su trono fue, su cetro trilla.

Eleva á una nación á inmensa altura: M
Dureza no hay que su tesón no ablande:
Hace de la barbarie una cultura;

Y justicia, como él, no hay quien demande
Para un pueblo, al tocar su sepultura:
¡Oh, Pedro Micaclof, tú sí eres Grande!

Duelo.

Es un sujeto Gil bueno y honrado;
Su vida toda en trabajar emplea;
Manejar bien las armas no desea,
Tanto es inofensivo y moderado.

Juan es un gran bribón desbaratado
Que con procaz cinismo bigardea,
Genio de baraúnda y de pelea,
Buen tirador y espadachín nombrado.

A Gil provoca injusto y atrevido
Juan, porque de su triunfo se halla cierto,
Y en la palestra Gil queda tendido.

Desde entonces es Juan, duelista experto,
Hombre de honor, de bien, bravo, temido,
Sólo porque en el campo dejó un muerto.

Al Doctor Jiménez.

¿Y por qué á los aplausos de la gloria
Que la patria á sus mártires prodiga,
No hay entre tantas una voz amiga
Que tu nombre nos traiga á la memoria?

¿Por qué en cívicas fiestas la oratoria
No tiene una expresión que te bendiga?
Tu sombra nuestra culpa no maldiga:
Si la tribuna calla, habla la historia.

Verde laurel que el heroísmo planta
Y que la sangre en sacrificio riega
Hasta el cielo su cúspide levanta;

Á marchitarle el tiempo nunca llega;
La humana ingratitud no le quebranta;
El hacha del olvido no le siega.

P1

del impío

Al joven poeta Luis G. Urbina.

Tu libro encantador llegó á mis manos,
Y mientras más sus hojas recorría,
Más á mi grato asombro parecía
Ramillete cogido en nuestros llanos.

Si así preludia versos tan galanos
En su aurora tu bella poesía,
Cuando llegue tu sol al mediodía
¿No serán tus acentos virgilianos?

Siempre lo hermoso á celebrar aspira:
Lo noble nada más en tu estro mande:
En la verdad y el bien tu genio inspira:

La lisonja jamás tu plectro ablande,
Y si incensario tórnase tu lira,
Incensa sólo á Dios, que él sólo es grande.

El Grande

Á un soltero.

No eres dichoso ni en tu misma hartura:
Tumba del corazón es tu aislamiento:
Gozar es compartir el sentimiento
De honesta unión á la sonrisa pura.

¿Qué aspiración tus cálculos apura?
¿Á tu marcha en el mundo qué da aliento?
Cumple con tu misión: busca el contento
De adorable mujer en la ternura.

Desventurado aquel que no ha sentido
El deleite de amar y ser amado:
¡Qué infeliz es el pájaro sin nido!

¡Qué triste crece el tronco surculado!
¡Qué negro es no esperar más que el olvido!
¡Qué horroroso es morir sin ser llorado!

En nuestra iglesia de San José.

Aquí bajo esta bóveda sagrada
¡Cuántas veces alcé mi voz al cielo
En inocente edad, sin el desvelo
De la vida del mundo atribulada!

Hoy vengo con el alma desgarrada
Por el más enervante desconsuelo,
Buscando lenitivo á tanto duelo
En las memorias de niñez pasada.

¡Cuánto este templo con cariño adoro!
¡Con qué placer visito sus lugares!
¡Cuán grabado en mi mente está este coro!

¡Ah, qué dulces me son estos altares!
Señor, ante ellos tu perdón imploro:
¡Cómo he de creer en tí que no me amparaes!

Á Cervantes.

¿Quién, en floridas galas el primero,
 Dió más belleza al habla de Castilla
 Que tu ingenioso Hidalgo, maravilla
 Y encanto sin rival del orbe entero?

¿Quién mejor que tu Andante Caballero
 En ciego error que la razón mancilla
 Hundió su lanza, que punzante aún brilla,
 Como jamás brilló ningún acero?

Mas si locura y vanidad las dotes
 Serán del hombre como fueron antes,
 Aunque en tu libro sempiterno azotes

Á insensatos y necios y arrogantes,
 Siempre en el mundo existirán quijotes,
 Pero nunca ha existido otro Cervantes.

Pero hasta hoy no ha existido

En nuestro convento de San Francisco.

¿Qué se hicieron los tiempos en que ardía
Dentro de estas paredes solitarias
La ascética virtud que entre plegarias
Al cielo en alas de la fe subía?

¿Por qué estas celdas en que el monje huía
Las pasiones del mundo tumultuarias,
Espeluncas parecen funerarias,
Tabernáculos antes de alegría?

Tiemblo, mas sin pavor, ante estos muros
Que asilo fueron de piedad ferviente,
Derruidos hoy por hálitos impuros:

Los miro con asombro reverente,
Que aún palpitante en sus escombros duros
El Paráclito Espíritu se siente.

Á una niña.

De tu padre en la frente vacilante
Dulcísimo te vi grabar un beso,
Y tanto de mi gozo fue el exceso,
Que olvidar no he podido aquel instante.

En la mía, como ese, palpitante,
Dejan siempre mis hijas uno impreso:
¡De qué tribulación no alivia el peso
El placer de cariño semejante!

Y si con tus caricias comprendieras
Cuánto á tu padre colmas de alegría
Y sus pesados años aligeras,

Amarle toda tu ambición sería,
Que niñas como tú son mensajeras
Del contento que el cielo nos envía.

Fatalidad.

Vela del sol los vívidos fulgores
Inmensidad de tétrico nublado,
Y siembra el huracán desenfrenado
De la riza y la angustia los horrores:

El piélago desata sus furores,
Hundiendo cruel al marinero osado,
Y el caudaloso río desbordado
Ahuyenta del tugurio á los pastores.

Pero la luz al fin el cielo llena;
El aire inquieto tórnase tranquilo;
El recio mar sus olas encadena;

Vuelve á su cauce el aplayado Nilo:
Sólo á mi corazón nada serena;
Mi espíritu no más vive intranquilo.

Á Morse.

¡Quién concibió jamás que el pensamiento,
Antes en campo estrecho detenido,
Después á lento paso transmitido,
Llevado luego por versátil viento,

Y por impulso, al fin, del raudo aliento
De Fulton á los pueblos impelido,
Volara, como hoy vuela, conducido
En alas de fulmineo movimiento!

Aun á ciega y á rústica ignorancia
De tu invención espléndida deslumbra
La inmensa y la riquísima importancia:

Y á grandeza mayor ¿qué gloria encumbra
Que vencer á la vez tiempo y distancia,
Y hacer la luz en donde el sol no alumbrá?

Al mar.

Si fuera eterna la existencia mia
 Y la tuya también eterna fuera,
 Sin cansarme jamás, mi vida entera
 Contemplándote siempre pasaría.

Tu majestad solemne me extasía:
 Á Dios en ti se admira y se venera:
 Quien te vió aun con mirada pasajera
 ¿Puede acaso abrigar una alma impía?

¡Cómo tu inmensidad empequeñece
 Á la soberbia humana criatura!
 ¡Qué bello estás si la ira te enfurece!

Tranquilo ¡qué pasmosa es tu hermosura!
 Y si eres tumba del que en ti perece,
 ¿Qué más grande y excelsa sepultura?

Metamorfosis.

Dicen que soy misántropo y adusto;
Que no me desampara el torvo ceño;
Que jovial encontrarme es vano empeño;
Que revelando voy mortal disgusto.

Nada, por mi desgracia, fue más justo:
Nunca el semblante llevaré halagüeño:
¿Cómo puede jamás estar risueño
El que no tiene para nada gusto?

Tétrico y hosco no nací: aunque altivo,
Traje de la dulzura el grato aroma,
Y fui blando y alegre y expansivo...

Mas del mundo la infamia y la carcoma
En ciprés convirtieron el olivo,
Y en fatídico buho á la paloma.

La mujer.

De las obras de Dios es el portento;
Quiso en ella encarnar el Verbo Santo;
De reina de los hombres lleva el manto
Y perfuma la tierra con su aliento.

Su corazón es todo sentimiento;
Sin su amor y ternura no hay encanto;
Es el ángel que enjuga nuestro llanto;
Es fuente inagotable de contento.

Al universo su beldad decora;
En su sonrisa el cielo se retrata;
Es su mirada coruscante aurora;

Su voz es armonía que arrebatara...
Desgraciado el que necio no la adora;
Maldito el que perverso la maltrata.

Á Cornelia.

De la riqueza el ostentoso traje
Adora la mujer con desvarío,
De las prendas del alma al atavío
Prefiriendo magnífico ropaje.

De frenético lujo al vasallaje
Vende hasta su pudor y su albedrío,
Haciendo á ella y al mundo su desvío
Con prole inútil afrentoso ultraje.

Mas dices, galas, pompas y placeres
Sólo son para ti fútiles nombres,
Y nobles hijos por adornos quieres:

Pero no basta que á la tierra asombres:
Imiten tus virtudes las mujeres,
Y Gracos nacerán entre los hombres.

Á un periodista.

Contra el error sin descansar pelea;
Traza el camino del progreso humano
Y no caiga la pluma de tu mano
Hasta el triunfo alcanzar de noble idea.

Consagra á la justicia tu tarea,
Sostén la libertad, hiere al tirano
Y apaga con tu aliento soberano
De la discordia la espantosa tea.

No tuerza ruin venalidad tu mira;
Á degradante adulación renuncia;
En la conciencia tu misión inspira;

El torpe vicio y la maldad denuncia;
No profanes jamás con la mentira
El invento del genio de Maguncia.

Á Pedro Baranda en su muerte.

Quien no tuvo la dicha de tratarte
No conoció del trato la dulzura:
Fue tu amena palabra la miel pura
Con que supiste afectos conquistarte;

Del ascendiente poseiste el arte;
Te prodigó sus galas la cultura. . . .
¿Cómo no han de rodear tu sepultura
Innúmeros amigos y llorarte?

Tu existencia tronchada flor semeja
De su tallo entre aromas desprendida;
Pero muerta no está; sólo se aleja,

Y en sus laureles quedará dormida:
De quien tantos recuerdos aquí deja
Esos mismos recuerdos son la vida.

Homenaje al Sr. D. Valentín de la Torre.

Murió la fe que en tiempos majestuosos
De nuestra estéril vida fuera encanto;
La hidalguía enfangó su regio manto;
Manchó el blasón sus títulos honrosos:

Acabaron los pechos generosos;
La infamia tiene un templo sacrosanto,
Y la perfidia es hoy ídolo santo
Que los hombres incensan asquerosos.

Pero no tú: y al tropezar contigo
Del mundo degradado en el sendero,
Heraldo fiel y admirador testigo

De tu nobleza heroica, honrarme quiero
Con el cariño del perfecto amigo
Y con la mano leal del caballero.

Á Virgilio.

Si á Roma dió tu Eneida noble cuna
Para borrar origen que la infama,
Hasta hoy en Posilipo te derrama
Lauros inagotables la fortuna:

Si las gracias de Ceres una á una
Tu acento en bellas Geórgicas proclama,
Tu lira todo el universo aclama
Melodiosa y feliz como ninguna.

Arranca á tu zampoña peregrina,
Que nemorosa música atesora,
Églogas cuya magia nos fascina;

Pero guarda tu avena seductora;
Quédate con tu Piéride divina,
Y danos tu modestia encantadora.

Lágrimas.

¿Por qué en llanto te ve la noche oscura
Y te sorprende en lágrimas la aurora,
Como genio fatídico que llora
Al pie de solitaria sepultura?

¿Eres acaso Magdalena impura
Que su perdón arrepentida implora?
¿Tienes algún pesar que te devora?
Pues entonces bendice tu amargura.

Quien no sufre no goza: no halla encanto
El insensible corazón de hielo:
Es el dolor para lo noble y santo;

Diviniza á nuestra alma el desconsuelo:
No te canse llorar. . . . llora, que el llanto
Riega el camino que conduce al Cielo.

Á A. Rosa.(PABLO J. ARAOS.)

Si no quieres mostrar tu limpia frente,
Que de justo laurel ciñe la fama,
Porque modestia tímida embalsama
De tu vida apacible la corriente,

No me impidas que al mundo te presente
Deshojando la flor de tu anagrama,
Con todo el esplendor que en ti derrama
De virtudes aureola refulgente.

Y si con raro ingenio has conseguido
Á tu patria y á tí dar un renombre,
La patria con empeño agradecido

De flores bellas tu camino alfombre,
Y tus hijos, en premio merecido,
Tu ejemplo imiten para honrar tu nombre.

"Corazón."

(DIARIO DE UN NIÑO POR E. DE AMICIS.)

De un Sinaí radiante de hermosura
Decálogo de amor bajó á la Tierra
En un libro magnífico que encierra
Cuanto el pecho atesora de ternura.

No le ha grabado en piedras la escultura;
Con truenos y relámpagos no aterra;
Le abre el cariño; la emoción le cierra;
De pétalos y aromas es su hechura.

Al bien por entre flores encamina;
Conmoviendo suavísimo hasta el llanto,
Á lo grande y lo noble el alma inclina;

El sentimiento eleva con encanto;
Torna el deber en gloria que fascina;
Es del niño el mentor más puro y santo.

dulce

En un álbum.

No pidas indulgente al harpa mía,
Para recuerdo, cadencioso acento,
Porque vas á poner mi pensamiento
De Sísifo en la inútil agonía.

No hallará mi entusiasmo melodía
Que baste á revelar mi sentimiento:
Para ti necesito más aliento,
Y una hermosa y brillante fantasía.

Pero escúchame, y piensa, al obsequiarte,
Con lo que estoy gustoso en concederte
Convencido en verdad de no agradarte

Con las notas que voy á componerte,
Que si me falta voz para cantarte,
Me sobra corazón para quererte.

Á Victor Hugo.

No hay panteón para ti: para el gigante
Que del genio escaló robusto el cielo,
Del mundo no hay en el humilde suelo,
Para que duerma en paz, lecho bastante.

Para un sol tan inmenso y tan brillante,
Sin ocaso en el ciclo de su vuelo,
Tan ancho no hay ni tan obscuro velo
Para ocultar su luz reverberante.

Sólo en tus obras, Sinaí esplendente,
Donde tu voz profética retumba,
Debe posar tu majestuosa frente:

Excelso altar que el tiempo no derrumba,
Ellas guardan tu espíritu viviente,
Sólo ellas pueden erigirte tumba.

93.

Doblád, pueblos del orbe, la rodilla
 Ante la aparición de ese gigante
 Que viene como Júpiter tonante
 A extirpar lo que al hombre más humilla.

O
 F

Luz prefulgente en su semblante brilla,
 Que del mundo será faro radiante;
 Es su aliento febril vivificante;
 Hoz para la zizaña su cuchilla.

Romperá del esclavo las cadenas
 Y de ergástulas viles los cerrojos;
 Igual hará la sangre en nuestras venas,

Y á la Razón abrirse nuestros ojos;
 Serán sus obras trágicas escenas,
 Pero alzará el Derecho en sus despojos.

Fortuna.*A Camila*

Bendito sea el venturoso acaso
 Que me hizo tropezar con tu hermosura,
 Y á saborear me dió la miel más pura
 En el más puro y cristalino vaso.

¡ Cuántas espinas encontré en mi paso!
 ¡ En cuántas copas apuré amargura!
 ¿ Dónde no me abrumó ~~cuando~~ la desventura,
 Que me arrastraba á lastimoso ocaso?

Por ti trocése mi fatal destino
 En esperanza dulce, la más bella;
 De Damasco te hiciste mi camino,

Desde que sigo tu amorosa huella;
 Ya no soy el errante peregrino
 Que vagaba en el mundo sin estrella.

Á D. Antonio García Gutiérrez.

Á estas playas que ardiente el sol caldea
 Suspirando llegó la nueva triste
 De que en la tumba exánime caíste,
 Como cae un gigante en la pelea.

inánime

¿Quién una flor enviarte no desea,
 Cuando tanto placer al mundo diste?
 ¡El risueño más dulce ya no existe!
 ¡El cisne del amor ya no aletea!

*luz y esplendor
 nos dote*

De haberte poseído, aunque un instante,
 Hónrase nuestro suelo con la gloria.
 Bético trovador que vino errante

patricio

Á dejar un laurel en nuestra historia,
 Sepa España que aquí, pueblo distante,
 Con ella gime y guarda tu memoria.

Cuando tanta hermosura produjiste

Á Gutenberg.

¿Quién de ser grande como tú blasona?
¿Qué invento iguala tu asombroso invento?
De Dios no más con el divino aliento
Se llega á excelso fin que se ambiciona.

Benefactor sin par se te pregona
De rodillas ante ese monumento;
Absorta ante tan mágico portento
La humanidad entera te corona.

Ya la ciencia no puede ser borrada;
El pensamiento nunca suprimido;
De la muerte la idea está salvada;

El tiempo ya del genio no es temido:
Sólo que el mundo hundiérase en la nada,
Pudiera tu obra hundirse en el olvido.

El soneto.

Del soneto á sus reglas ajustado
Un concepto no más forma la esencia,
Con natural fluidez, fácil cadencia
Y creciente interés desarrollado.

Verso escabroso, débil ó forzado
No permite su rígida excelencia,
Ni ripio, ni poética licencia
Tolera su artificio delicado.

Fútil detalle empaña su decoro;
Frase ociosa marchita su frescura;
Voz repetida suena en su desdoro:

Dése nobleza y gracia á su estructura;
Y si al concluir le cierra llave de oro,
Será Soneto en toda su hermosura.

Á las Musas.

Quiero beber en la Castalia fuente
La que ambiciono inspiración divina:
Así mi voz en su agua cristalina
Podrá encontrar entonación valiente.

Quiero un laurel para ceñir mi frente:
Quiero en el mundo fama peregrina;
Y sólo el eco de arpa diamantina
Logra llegar hasta remota gente.

Saciaré mi sed, y bañaré en fulgores
Cuanto existe de noble en los mortales;
Al vernáculo altar llevaré flores;

Abriré de consuelo manantiales;
Y después inscribid con resplandores
Mi nombre entre los nombres inmortales.

ÍNDICE.

	Págs.
INTRODUCCIÓN.....	5
A los Campechanos.....	31
El triunfo de la Libertad.....	32
La derrota del Imperio.....	33
A Juárez.....	34
A Maximiliano.....	35
A Zaragoza.....	36
A Ocampo.....	37
A Porfirio Díaz.....	38
A Napoleón III.....	39
A Alejandro García.....	40
A Capmany.....	41
El 5 de Mayo.....	42
A mi Patria.....	43
Al Pueblo.....	44
A la Srita. Carolina Trueba en su muerte.....	52
A Vesalio.....	57
Numancia.....	58
Paz.....	59
A Edison.....	60

	Págs.
Envidia.....	61
A Víctor Hugo.....	62
A Waterloo.....	63
Al ofrecer un álbum.....	64
Cadalso.....	65
A Carlomagno.....	66
A la memoria del Dr. Manuel Campos.....	67
Lerma.....	68
A César.....	69
Ovidio.....	70
A Fulvia.....	71
A Juan de Dios Peza.....	72
A Nerón.....	73
A Pasteur.....	74
A un malvado.....	75
A Pedro I. Pérez en su muerte.....	76
A Jerusalem.....	77
A Ramón Aldana en su muerte.....	78
Vita brevis.....	79
A Camila.....	80
A Eduardo A. Heredia.....	81
A Lesseps.....	82
Prepotencia.....	83
Sursum Corda.....	84
Despotismo.....	85
Cartago.....	86
A Perpena.....	87
Roma.....	88
A Sebastián Lerdo de Tejada.....	89

	PÁGS.
A Hidalgo.....	90
A I. M. E. en su muerte.....	91
A Allende.....	92
A Lacena.....	93
A Polonia.....	94
A Benito Juárez.....	95
La muerte de Francisco Zarco.....	96
A José Peón y Contreras.....	97
A Aníbal.....	98
A Francisco Sosa.....	99
El primer dique.....	100
A una viuda.....	101
A Vicente Núñez de Castro.....	102
A L. D. R.....	103
Desengaño.....	104
En la muerte de mi querido amigo Ángel Pa- lomo.....	105
Newton.....	106
A Jenner.....	107
Miguel D. de Estrada Lecler.....	108
Pedro el Grande.....	109
Duelo.....	110
Al Doctor Jiménez.....	111
Al joven poeta Luís G. Urbina.....	112
A un soltero.....	113
En nuestra iglesia de San José.....	114
A Cervantes.....	115
En nuestro Convento de San Francisco.....	116
A una niña.....	117

	Págs.
Fatalidad	118
A Morse	119
Al mar	120
Metamorfosis.....	121
La mujer.....	122
A Cornelia.....	123
A un periodista.....	124
A Pedro Baranda en su muerte.....	125
Homenaje al Sr. D. Volentín de la Torre.....	126
A Virgilio	127
Lágrimas	128
A A. Rosa	129
Corazón.....	130
En un álbum.....	131
A Víctor Hugo.....	132
93.....	133
Fortuna	134
A D. Antonio García Gutiérrez	135
A Gutenberg.....	136
El soneto	137
A las Musas.....	138

c21



